

CLÁSICOS **H**ISPÁNICOS

Soluciones
a las
Actividades
de

El sí de las
niñas

Leandro Fernández de Moratín

Edición de Juan Carlos Fernández Serrato

Ilustraciones de Iván Mata

ANAYA

CUESTIONES GENERALES

- 1** *El sí de las niñas* es una obra que respeta el orden cronológico en la representación de los sucesos, sin embargo, introduce lo que llamamos una *analepsis* o *flash back* en algunas escenas, en las que, o bien Rita en conversación con doña Paquita, o, más detalladamente, don Carlos al relatarle a don Diego la historia de sus amores, cuentan los antecedentes que han dado lugar al conflicto que se representa en escena. Reconstruye el orden de la historia (*fábula*) tal como habrían ocurrido en la vida real, de haber sido cierto lo que cuenta el argumento.

Don Carlos es el sobrino de don Diego, que, además, ejerce como su tutor. Joven de carácter apasionado, pero de buena educación y siempre respetuoso con el parecer de su tío, ha elegido la carrera militar y parte de Madrid, donde reside con su tío, a Zaragoza, lugar a donde ha sido trasladada su unidad. Durante el viaje hace una parada cerca de Guadalajara, en la finca de un oficial superior, el intendente, amigo suyo que le ha invitado a una fiesta en su casa de campo para celebrar el cumpleaños de su esposa. Allí, don Carlos traba conocimiento con una bella joven de la que cae enamorado al instante, doña Paquita, que también ha sido invitada por el intendente y ha conseguido salir de permiso del convento donde estudia interna. Don Carlos no se presenta con su nombre, sino con el apodo que en una broma le ha puesto su amigo, don Félix de Toledo. El joven don Carlos, bajo nombre fingido corteja unos meses a doña Paquita, aunque respetando siempre su honor.

Mientras tanto, doña Irene, la madre de la joven doña Paquita, que tras la muerte de su esposo ha caído en la ruina económica, busca un casamiento ventajoso para su hija. Para ello acuerda la boda de doña Paquita con don Diego, el tutor de don Carlos, hombre maduro, pero aún soltero, que, a pesar de que recela de la enorme diferencia de edad, acepta el matrimonio. Sin embargo, don Diego piensa en doña Paquita como una compañera que lo cuida, más que como una mujer a la que amar. Doña Paquita no puede negarse a aceptar la boda que le propone su madre, pero ama a don Félix (don Carlos), que ahora se encuentra lejos, en Zaragoza. Sin saber cómo solucionar el problema, le escribe pidiéndole ayuda.

Don Carlos acude a la llamada de su enamorada, pero su tío y la madre de doña Paquita, temiendo que sus planes se estropearan por la diferencia de edad, han ido al convento de Guadalajara donde reside como interna, y se la llevan a Madrid. Don Carlos no encuentra a doña Paquita en el convento y decide seguir viaje hacia Madrid.

Don Diego, su criado Simón, doña Irene, su criada Rita, y doña Paquita han parado en una posada de Alcalá de Henares para pasar la noche. Allí coinciden con don Carlos y su servidor, Calamocha. El encuentro es inevitable y tras los enredos propios de toda comedia, se soluciona el conflicto por el carácter razonable, realista y magnánimo de don Diego, de manera que los enamorados se prometen con el beneplácito de don Diego y doña Irene.

- 2** Los personajes están caracterizados en la obra, además de sus acciones, por su lenguaje. Pon un ejemplo de la manera de hablar de cada uno de ellos y explica cómo crees que esa muestra que has seleccionado puede dar una idea de la personalidad de cada uno de ellos.

[Este ejercicio admite varias posibilidades, puesto que Moratín no ha trabajado el lenguaje con diferencias estilísticas notables entre los personajes. El gusto por el clasicismo y la naturalidad elegante le hace preferir la claridad y la sencillez a los juegos verbales; el intento de hacer teatro de ideas para un público amplio le em-

puja a buscar siempre la eficacia en los diálogos para hacer avanzar la acción, antes que demorarse en buscar rasgos estilísticos diferenciadores. Sin embargo, ello no obsta para que los personajes se retraten a través de sus palabras: su complejidad psicológica los aleja del estereotipo plano y a lo largo de la obra expresan sus personalidades en diversas maneras, a través de lo que dicen y de cómo lo dicen, al reaccionar ante la situación dramática que ha urdido el autor en cada caso. Empezaremos nuestro comentario dividiendo a los personajes en dos grupos fundamentales: **los señores y los criados**, y daremos muestras de todas las posibilidades de caracterización a través de sus palabras en la obra que ensaya Moratín. Para evaluar el trabajo de los alumnos y alumnas, solo será necesario que hayan sabido plasmar en sus respuestas algún ejemplo, dado que en ejercicios posteriores se incidirá en otras estrategias para que los estudiantes vayan profundizando en el carácter de los personajes].

Don Diego es un hombre educado, juicioso, comprensivo a la vez que firme en lo que a la educación de su ahijado don Carlos se refiere, orgulloso de pertenecer a la clase alta, como se nota, por ejemplo, en su trato amable, aunque marcando siempre su superioridad, con su criado Simón. Sus buenos modales, por otra parte, quedan puestos a prueba en numerosas ocasiones por el carácter mandón de doña Irene.

De la esmerada educación de don Diego puede ser una prueba el parlamento con el que responde a doña Irene, en la escena III del acto primero, cuando ella le comenta lo contentas que sus hermanas monjas están con su compromiso con doña Paquita: «Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas a quienes debe usted particulares obligaciones» (pág. 89), le dice ceremonioso.

El comportamiento de don Diego con su sobrino y ahijado don Carlos, severo cuando es menester, siempre afectuoso y generoso, queda claramente puesto de relieve en el acto segundo, cuando se encuentran sorpresivamente en la escena XI. Al preguntarle don Diego a don Carlos por qué se encuentra allí, este le responde que lo trajo su desgracia, don Diego se sobresalta y preocupa por él, teme que en verdad algún asunto grave le haya llevado a Alcalá, pero cuando el joven intenta mentirle diciéndole que solo iba de paso a Madrid, donde pensaba hacerle una vista, y que esperaba que le agradara la sorpresa, don Diego muestra su carácter firme y se comporta como un padre que quiere que su hijo sea un hombre honorable y cumplidor de sus deberes: «Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones» (pág. 141).

De su comprensión y cariño hacia doña Paquita se dan múltiples ejemplos a lo largo de toda la obra, pero especialmente en el acto tercero, cuando, por ejemplo, en la escena VIII, sabiendo ya que su sobrino y la joven se aman, y ante la desesperación de doña Paquita que le pregunta «¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?», él le responde: «Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura!..., en la situación dolorosa en que la veo?» (pág. 167).

Por lo que toca a su orgullo de clase basten un par de ejemplos. En la escena V del acto segundo, don Diego vuelve de un paseo y explica su tardanza a doña Irene: «Apenas salí, tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de bollos y chocolate no me han querido soltar...» (págs. 119-120). Otro ejemplo lo encontramos en la escena I del acto tercero: don Diego sale de su cuarto, porque no logra conciliar el sueño y se encuentra con Simón, que como corresponde a un criado, ha dormido en un banco del pasillo; cuando Simón le dice que ha dormido como un emperador, él le corrige de la siguiente manera: «¡Mala

comparación!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene dinero, ni ambición, ni pesadumbres ni remordimientos» (pág. 151).

Finalmente, como testimonio de que solo doña Irene es capaz de sacar de sus casillas a don Diego hay numerosos diálogos hilarantes en los que don Diego intenta educadamente esquivar las constantes intromisiones con que doña Irene pretende impedir que hable en términos sinceros con doña Paquita, temiendo que una indiscreción de la joven estropee la boda. Pero la paciencia de don Diego llega a su límite al final del acto tercero. En la escena XII quiere contarle a doña Irene que su hija ama a otro hombre y que ese enamorado es su sobrino don Carlos. La ira con la que reacciona doña Irene obliga a don Diego a responderle de malos modos, mientras intenta proteger a doña Paquita de la furia de su madre, a quien ha intentado leerle la nota que le escribió don Carlos a su hija: «[...] (Tomando de la mano a doña Francisca, la pone a su lado.) No hay de qué temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (Quitándole el papel)» (pág. 182).

Don Carlos, por su parte, es un personaje que casi anticipa el héroe romántico. Sus reacciones apasionadas y valientes corresponden al estereotipo, sin embargo, su obediencia sumisa a don Diego, a quien respeta y quiere por igual, matizan ese tipo literario, quitándole el empuje transgresor y trágico que será propio de los personajes del Romanticismo.

En la escena IX del acto segundo se muestra ese ímpetu de amante valiente dispuesto a todo por su enamorada, cuando, enterado de que la madre de doña Paquita planea casarla con otro hombre, espera en la posada la llegada del alba para retar a su competidor: «¡Quitármela! (paseándose inquieto.) No..., sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar ese matrimonio repugnándolo su hija..., mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero! Maldito él sea, que tantos desórdenes origina» (pág. 134).

Por otra parte, el cariño y la obligación respetuosa que debe a su tío y tutor quedan de manifiesto cuando don Diego, tras conocer que los dos jóvenes se aman, envía a Simón a traer de vuelta a don Carlos, a quien antes había mandado marcharse de la posada para que no entorpeciese su boda con doña Paquita. Llegado don Carlos, en la escena X del acto tercero, su tío indaga la sinceridad y el alcance de su amor por doña Paquita. Don Carlos no quiere herir a su tío, aunque finalmente se ve obligado a decir lo que no desea por no mentirle y se disculpa enseguida: «Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversación... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue el consuelo de saber que usted me perdona» (pág. 175).

En cuanto a su cortesía y caballerosidad, resultan patentes en la conversación que mantiene con doña Paquita en la escena VII del acto segundo, al igual que el profundo amor que le profesa. Por ejemplo, al final de la escena cuando se despide de ella prometiéndole que la salvará de esa boda que ella no desea: «Amor ha unido nuestras almas en estrechos lazos, y solo la muerte bastará a dividir las» (pág. 131).

Doña Irene es un personaje que, sin dejar de estar dibujado de manera muy verosímil, resulta el más caricaturesco de todos cuantos aparecen en la obra. Moratín la ha convertido en el símbolo de lo que pretende criticar en su comedia y no la ha dotado de las contradicciones que, por ejemplo, hacen más humano a don Diego, quien, presentado como tipo ridículo y risible en el primer acto, va desvelando paulatinamente en el transcurso de la obra su naturaleza de hombre bueno, honesto y honorable.

Con trazo grueso, el retrato que hace Moratín de doña Irene es el de una vieja mandona e interesada, una insufrible metomentodo, engreída, hipócrita, manipuladora, de genio airado, despectiva en el trato con su criada, pero adúladora cuando quiere manejar a don Diego, autoritaria con su hija, hipocondríaca, egoísta, que gusta mostrarse como mujer piadosa y de estricta y rancia religiosidad, pero que pierde el decoro y se vuelve una verdadera furia cuando ve peligrar su negocio. Nada hay en ella que pueda provocar la simpatía del público.

Esa religiosidad más buscada como abolengo del que enorgullecerse que por piedad cristiana queda expuesta en varios lugares de la comedia con premeditada burla por parte de Moratín. Por ejemplo, en la escena III del acto primero, cuando impide que doña Paquita hable con sinceridad de la boda a instancias de don Diego, justificando sus manipulaciones con la excusa de lo que ella considera la buena educación y la «buena sangre» de su hija: «No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviársele a su tío carnal, el padre fray Serapión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacán» [...] «Y murió en el mar el buen religioso, que fue un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufato, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas» (pág. 90).

Su carácter dominante y la manera autoritaria y carente del más mínimo respeto por la voluntad de su hija aparece recalcada a lo largo de toda la comedia. Por citar un caso, en la escena V del acto segundo queda expresada con la mayor claridad. Allí don Diego, que sigue intentando que doña Paquita exprese con libertad y sinceridad lo que espera de la boda y lo que le parece él como futuro esposo, es constantemente interrumpido por doña Irene, que prefiere ser ella la que hable por su hija. Cuando don Diego insiste («Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete»), doña Irene responde con un taxativo: «Cuando yo se lo mande» (pág. 122).

Hay un parlamento de doña Irene, en la escena II del acto segundo, en el que se muestran en síntesis todos estos aspectos de su personalidad, la falta de consideración hacia su hija, su falso victimismo, su hipocondría, su carácter interesado y su beatería supersticiosa: «No es esto reñirte, hija mía, esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas a hacer, muy pocas le consiguen. Bien que a las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no a tus méritos ni a mi diligencia... ¿Qué dices?» (págs. 114-115).

De **doña Francisca** (doña Paquita) se tratará con más detalle en posteriores ejercicios, puesto que es un personaje rico en matices, aunque durante la mayor parte de la obra se muestra presa de las circunstancias: le debe obediencia a su madre, respeto a don Diego y está enamorada de don Félix/don Carlos y teme perderlo. Ese carácter comedido, obediente, angelical, amoroso y a la vez apasionado se deja ver con claridad ya en el diálogo que mantiene con don Carlos en la escena VII del acto segundo (págs. 130-131):

DOÑA FRANCISCA.—¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS.—Ya lo sé. La ambición no puede agitar a un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.—Querer y ser querida... Ni apetezco más ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS.—Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas .

DOÑA FRANCISCA.—¿Y qué se ha de hacer para que a mi pobre madre no le cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté a decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS.—Yo lo buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.—¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quién volver los ojos ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba de lo mucho que me quiere. (Se enternece y llora.)

Por su parte, los criados están retratados con caracteres estereotipados y todos comparten un rasgo común: la absoluta fidelidad hacia sus amos.

Simón, criado de don Diego, es discreto y muestra siempre una total sumisión a su amo y a don Carlos, a quien, además, le tiene gran cariño. Es hombre despierto, pero se muestra siempre respetuoso. Su manera de hablar no está especialmente caracterizada, salvo por el uso de algún que otro dicho popular y particularmente por el uso de las reticencias constantes para no decir lo que no debe, como corresponde a su condición de criado que no quiere verse envuelto en problemas. Por ejemplo, en la escena X del acto segundo, cuando se encuentra con Calamocha y don Carlos, su sorpresa no le impide darle largas al joven señorito para no traicionar a voluntad de su amo don Diego, que no quiere que nadie sepa a qué han venido a la posada de Alcalá. Don Carlos insiste: «Pero aún no me has dicho si mi tío está en Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...» (pág. 137). Simón no sabe cómo salir del paso y viéndose acorralado piensa alguna excusa y retrasa el momento de decirla: «Bien, a eso voy... Sí señor, voy a decir a usted... Conque... Pues el amo me dijo...» (pág. 137). Así se cierra la escena, abriendo la siguiente la llegada de don Diego, que libra del aprieto a Simón.

Calamocha, por su parte, es el servidor de don Carlos, militar como él desempeña el empleo que en el ejército se llamaba «asistente». Bravucón, ingenioso, algo pícaro, lenguaraz, comilón y muy aficionado a la bebida, actúa además como confidente y cómplice de su amo. Junto con Rita, su par en la obra, en cierto modo (pues igualmente actúa como confidente y cómplice de su señora, doña Paquita, aunque soporta a duras penas los desaires de doña Irene, a quien también tiene que servir) es en quién más se deja notar el lenguaje popular propio de su clase social. Como ejemplo válido para ambos personajes, lo más apropiado es consignar el diálogo entre Calamocha y Rita que sucede a lo largo de toda la escena VIII del acto primero (Págs. 101-106).

3 Establece cuáles son los enredos que hacen avanzar la acción de la comedia y localiza la escena o las escenas en las que aparecen.

El sí de las niñas no es una obra con predominio de acciones que construyan un argumento trepidante, que eran tan del gusto popular de la época, sino que se centra en el desarrollo del tema. El recurso al enredo producido por los malentendidos y el uso de los encuentros sorpresivos es muy comedido, pero inteligentemente situados en momentos claves del argumento, con la intención de hacer avanzar la acción.

El primer acto ya se abre con un malentendido entre don Diego y Simón que ocupa toda la escena I (págs. 77-86) y sirve para remarcar el problema temático (el casamiento desigual por dinero), así como para presentar a los dos rivales masculinos, el propio don Diego y su sobrino don Carlos.

En este mismo acto, en las escenas VII y VIII (págs. 100-106), Calamocha se encuentra con Rita y a través de su conversación, el espectador queda enterado de que don Carlos ha acudido a la llamada de auxilio que le hizo llegar doña Paquita por medio de una carta. Don Carlos tiene la intención de impedir la boda concertada por doña Irene y salvar a doña Paquita de un compromiso que destruiría las esperanzas de felicidad de los dos jóvenes.

El encuentro entre don Carlos y doña Paquita se lleva a cabo en la escena VII del acto segundo (págs. 127-131) y conocemos la firme determinación de don Carlos, que está dispuesto hasta a batirse en duelo con su competidor por el amor de doña Paquita. Pero el primer enredo de importancia ocurre de inmediato en las escenas X a XII (págs. 136-144). En la última, don Carlos descubre que su competidor es en realidad su tío. Por la obediencia, el respeto y el agradecimiento que le debe a don Diego, el joven acepta la orden de partir de inmediato y, abrumado, renuncia al amor de doña Paquita.

Como consecuencia, enterada por Rita de la partida de don Carlos en la escena XVI de este segundo acto (págs. 147-149), doña Paquita se siente abandonada y burlada. Con estos dos últimos acontecimientos pareciera que la historia de amor entre los dos jóvenes ha llegado a su fin. Sin embargo, un nuevo enredo se anuda en las escenas I y II del acto tercero (págs. 150-155): en ellos tiene lugar la serenata que don Carlos interpreta desde la calle para doña Paquita, con el objeto de demostrar que la ama y explicarle la razón de su huida. Los jóvenes amantes se hablan a través de la ventana del pasillo de la posada y don Carlos le lanza un papel desde la calle donde le explica que su tío, don Diego, es el esposo que le ha concertado su madre y que no pudiendo desobedecer a quien es para él como un padre, tiene que marcharse a Zaragoza. Sin embargo, los jóvenes no saben que la escena ha estado siendo observada por don Diego y Simón que se escondían en las sombras y que, tras delatarse, provocan la huida de doña Paquita y su criada Rita. Don Diego y Simón se harán con la nota de don Carlos, cuyo contenido aún no conoce el espectador. Parece que todo se dirige al desastre.

No será así, porque don Diego, leída la carta a doña Paquita escrita por su sobrino, manda a Simón a que lo traiga de vuelta. Tras obligar a don Carlos a que le cuente toda la historia de su relación con doña Paquita y asegurarse de sus buenas intenciones con ella, el conflicto se soluciona con otra sorpresa inesperada al final del tercer acto, cuando don Carlos aparece para librar a doña Paquita de la furia de su madre, a quien don Diego intenta contarle infructuosamente la verdad. Los amantes se abrazan ante todos los personajes que intervienen en la obra en la escena XIII y última (pág. 184), golpe efectista con el que se soluciona felizmente el conflicto sobre el que gira la comedia.

- 4 ¿Durante cuánto tiempo transcurre la obra? ¿Te parece ajustada, en forma natural, al ritmo de la representación sobre el escenario o por el contrario crees que hay un desajuste inverosímil entre el tiempo de los sucesos, si ocurriesen en la realidad, y el tiempo de las acciones representadas sobre el escenario?**

La obra transcurre durante unas diez horas, desde el atardecer hasta las primeras horas de la mañana. El gusto neoclasicista de Moratín le obligaba a ajustarse de manera estricta a las reglas de las tres unidades aristotélicas. En este caso la unidad de tiempo, con lo que el argumento resulta absolutamente verosímil, por cuanto todo

lo que ocurre en las horas en que los personajes comparten espacio en la posada está acompasado con aquello que podría haber ocurrido de ser real la acción que se representa en el escenario.

5 Existe una crítica a cierto tipo de religiosidad supersticiosa en *El sí de las niñas*. Localiza los parlamentos donde se formula, cópialos e indica el personaje, la escena y el acto en el que aparecen.

En la escena II del acto primero, doña Paquita le enseña a su madre algunos objetos que las religiosas consideran protectores de quienes tienen fe en ellos: «Pero mire usted, mire usted (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay, y una campanilla de barro bendito para los truenos...! ¡Tantas cosas!» (pág. 87).

En esta escena, Moratín retrata a doña Paquita como una joven piadosa e inocente, imbuida aún del ambiente conventual. Sin embargo, las referencias a los amuletos que se citan más arriba son una indicación precisamente de esa inocencia inconsciente de la realidad del mundo, algo que, como se verá más adelante en la obra, no es en absoluto cierto, pues tan solo se trata de la manera en la que doña Paquita quiere contentar a su dominante madre, ajustándose a la idea que esta tiene de lo que ha de ser una buena hija.

Por otra parte, doña Irene emplea para construir una imagen de sí misma como mujer respetable constantes invocaciones a Dios a propósito de cualquier asunto y abundantes referencias a religiosos y religiosas, de manera tal que llegan a resultar excesivas por su acumulación innecesaria. Durante la escena III de este primer acto (págs. 88-93) las emplea con tal profusión que acaban cansando a don Diego, su interlocutor principal, quien primero soporta con educado estoicismo las repetidas alusiones a los familiares sacerdotes y monjas de doña Irene y termina, incapaz de aguantar más aquella verborrea, ironizando con un «Sí, pues ya se ve, todo se imprime» (pág. 92), cuando doña Irene le refiere que un sobrino de su hermano político, el canónigo de Castrojeriz, está escribiendo la vida y milagros de un antepasado de la familia, fray Serapión de San Juan Crisóstomo, «electo obispo de Mechoacán» (pág. 92).

Es precisamente en la elección de los nombres de los familiares eclesiásticos de doña Irene donde Moratín muestra con mayor claridad su intención paródica y satírica: Circuncisión, el propio fray Serapión de San Juan Crisóstomo, don Cucufate... son nombres ridículos, trasnochados, con aroma a rancio y que más parecen mote que nombres propios de personas. Doña Irene lo considera marca de familia ilustre, pero Moratín los emplea para mover a risa a los espectadores.

No hay afirmaciones críticas directas a esta religiosidad ultraconservadora y ridícula, salvo quizá la evocación de una de las monjas del convento donde estuvo interna doña Paquita en esta misma escena en boca precisamente de la joven, que cuando su madre está elogiando la frescura del locutorio del convento, comenta: «Pues, con todo [...], aquella monja tan gorda que se llama madre Angustias, bien sudaba... ¡Ay! ¡Cómo sudaba la pobre mujer!» (págs. 88-89). Obviamente, la imagen, igualmente ridiculizante, de aquella monja «gorda» y sudorosa es otra de las ironías contra el clero que desliza el autor de *El sí de las niñas*.

6 ¿Cómo crees que el autor ha diferenciado las distintas clases, alta y popular, a la que pertenecen los personajes? Pon ejemplos.

Moratin, fiel a su gusto neoclásico, no plantea diferencias marcadas en el habla de los personajes, en cuanto a los distintos sociolectos que pudieran emplear los personajes si existieran en la vida real. No obstante, como ya hemos anotado en anteriores actividades, hay algunos recursos característicos de las clases populares en el habla de los criados: el uso de refranes y de frases hechas, algunos juramentos y poco más. Las clases altas tampoco se distinguen por un registro lingüístico excesivamente culto, como es propio del buen gusto que planteaban los neoclasicistas en el uso del lenguaje literario. Moratin plantea la diferenciación más bien en el ámbito de las ideas que en el del habla y, si bien los criados exhiben personalidades subalternas y de escaso conocimiento cultural, tampoco los representantes de la clase alta muestran una mayor formación. Hay, eso sí, una marcada oposición entre el racionalismo práctico y juicioso de don Diego y la religiosidad supersticiosa de doña Irene, a la que se ridiculiza, como veíamos en la actividad anterior, para dejar clara la insustancialidad de sus planteamientos.

Don Carlos y doña Paquita son jóvenes impetuosos, pero juiciosos y no adquieren más protagonismo como personajes que ser los que representan el natural comportamiento de las emociones nobles en el ser humano y, con sus personalidades idealizadas, sirven al autor para demostrar que reprimir lo natural, en virtud de intereses materialistas o de tradiciones supersticiosas sin base real, solo acarrea más desgracias.

Conocemos, pues, la diferenciación social de los personajes por la relación de mando y subordinación entre ellos, en quiénes dan las órdenes y quiénes las reciben, así como en las personalidades con las que se relacionan en orden de igualdad don Diego, doña Irene, don Carlos y, en menor medida, dada su juventud, doña Paquita. Múltiples son los diálogos en los que puede verse la relación de subordinación entre amos y criados, citemos algunos ejemplos:

a) Don Diego, en la escena III del acto tercero, tras escuchar la breve charla entre don Carlos y doña Paquita, a través de la ventana del pasillo de la posada, ordena a Simón que recoja la nota que este le ha tirado desde la calle a doña Paquita. En la breve conversación se muestra con claridad la relación que guardan entre sí ambos personajes (pag. 156):

DON DIEGO.—Acércate a esa ventana y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMÓN.—(*Tentando por el suelo, cerca de la ventana.*) No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.—Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMÓN.—¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.—Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y dieciséis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMÓN.—Aquí está. (*Halla la carta, y se la da a Don Diego.*)

DON DIEGO.—Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza o en la cocina... Por ahí habrá algún farol... Y vuelve con ella al instante.

b) De la misma manera, aunque con menos consideración para su criada, doña Irene muestra su autoridad sobre Rita, entre otras, en la escena VI del acto primero (págs. 99-100):

DOÑA IRENE.—¡Válgame Dios! Ahora que me recuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir, ¡Rita!

RITA.—Señora. (*Saca debajo del brazo almohadas y sábanas.*)

DOÑA IRENE.—¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.—Sí señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.—¿Hiciste las camas?

RITA.—La de usted ya está. Voy a hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.—Y aquella chica, ¿qué hace?

RITA.—Está desmenuzando un bizcocho para dar de cenar a don Periquito.

DOÑA IRENE.—¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncisión.

RITA.—¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan a ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las mujeres gazmoñas y zalameras!

(*Éntrese en el cuarto de doña Francisca.*)

- 7** Uno de los rasgos más chocantes del lenguaje empleado en *El sí de las niñas* es el frecuente empleo de leísmos, hoy considerado incorrección gramatical, pero no en la época, donde el uso no estaba claro y la RAE lo proscribió y lo permitió alternativamente en diferentes ediciones de la gramática y la ortografía. Identifica cinco casos e indica cuál es el personaje que comete el error y la escena y el acto donde aparecen.

Como ya se indica en el enunciado de esta actividad, son múltiples los ejemplos que podrían aducirse de este uso impropio del pronombre de objeto indirecto «le». Por ejemplo, en la escena VI del acto primero, en boca de doña Irene: «[...] ¡Rita!... Me **le** habrán dejado morir, ¡Rita!» (pág. 99). O en la escena IX del acto primero: «Y bien... Y luego volvió, y **le** vi, por mi desgracia, muchas veces...» (pág. 108), esta vez dicho por doña Paquita. En la misma escena también lo emplea su criada, Rita: «Sí, señora... Y **le** ha ido a buscar para...» (pág. 111). Doña Paquita vuelve a emplear erradamente el pronombre en otras ocasiones, como en la escena VI del acto tercero: «Lo tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba a mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen» (pág. 159). Así lo hace también don Diego en la escena XI del acto segundo: [...] El rey **le** tiene allí para que los instruya [...]» (pág. 140).

- 8** En un ensayo de doscientas palabras, explica tu opinión sobre el tema que trata la obra y razona tus argumentos.

Respuesta libre. [Este es un ejercicio de libre opinión donde los alumnos deben reflexionar acerca de los matrimonios desiguales y por intereses económicos].

- 9** ¿Cuál es el personaje que te resulta más antipático y cuál el más simpático? Imagina un diálogo entre ambos y escribe una escena (basta con doscientas palabras), indicando en qué lugar de la obra la insertarías.

Respuesta libre. [Como en el ejercicio anterior, aquí se pretende que el alumno o la alumna desarrollen su capacidad creativa. La libertad de enfoque solo debe quedar limitada por el hecho de que el diálogo escrito pueda encajar de alguna manera en la comedia de Moratín. No obstante, se le podría sugerir a los alumnos que escribieran la escena con tono humorístico, de manera que su puesta en común en clase fuera una actividad divertida y relajante].

- 10** Escribe una escena adicional, tras el fin de la obra planteado por Moratín, en la que los enamorados se cuenten el uno al otro lo que sienten y sus planes de futuro, tras la feliz resolución del enredo.

Respuesta libre. [En esta actividad se les vuelve a pedir a los alumnos que se expre-

sen creativamente, pero con un tono algo más serio que el propuesto para el ejercicio anterior y donde las emociones amorosas pueden tener cabida y enriquecer el punto de vista desde el que van a escribir].

- 11** Escribe un relato de extensión libre donde cuentes los acontecimientos que llevaron a enamorarse a don Carlos y doña Paquita. Debes seguir lo que se dice al respecto en la obra, pero añadir detalles descriptivos sobre la casa de campo del intendente amigo de don Carlos, narrar cómo transcurrió la fiesta del cumpleaños de su esposa e imaginar con todo el detalle que puedas los encuentros de los enamorados cuando doña Paquita vuelve al convento tras la fiesta.

Respuesta libre. [Se trata ahora de que los alumnos y alumnas continúen narrando la breve mención que se hace en la comedia de la fiesta en la que se conocieron don Carlos y doña Paquita. Como en los dos ejercicios anteriores la libertad creativa del alumnado solo debe tener como condición el que lo que ocurra en sus relatos no contradiga el argumento de la comedia].

- 12** En 1970, TVE realizó una versión de la obra dentro del espacio *Estudio 1*, puedes buscarla en la página web de RTVE o en el siguiente enlace de Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=BOyqGAMDYcQ>. Después de leer la obra, puedes ver esta adaptación televisiva y escribir un ensayo de entre cien y doscientas palabras explicando si la versión te ha gustado en relación con la obra leída. (Si los personajes, como los habías imaginado al leer la obra, te parecen bien interpretados por los actores; si la posada es como creíste que era durante la lectura... o cualquier otro detalle que te haga reflexionar sobre las diferencias entre la lectura de un texto dramático y su efectiva representación en escena).

[Este ejercicio se propone para que el alumno pueda comprender que el texto literario dramático es un soporte para su representación escénica. Independientemente del valor estético del texto, el dramaturgo siempre escribe para que sea representado en un teatro y tanto el director como los actores y actrices proyecten técnica artística y sus capacidades creadoras interpretando cómo serían los personajes, los ambientes, etc., en el caso de que lo que ha escrito el autor ocurriese «en la realidad».

Es difícil encontrar en nuestra ciudad una puesta en escena de las obras teatrales que leen nuestros alumnos y alumnas, por esta razón sugerimos que vean la versión televisiva que está disponible en Internet. La adaptación al formato de espacio de televisión no es exactamente lo mismo que ver la obra representada en un teatro, puesto que la realización audiovisual requiere inevitablemente aplicar técnicas del montaje cinematográfico, sin embargo, la fidelidad al texto y la búsqueda intencionada de «teatralidad» en los escenarios que caracterizaba el programa de RTVE Estudio 1 produce un resultado muy satisfactorio que ayudará a los alumnos y alumnas a hacerse una idea de la obra efectivamente representada. A partir de aquí, se pretende que los estudiantes reflexione sobre la dimensión de espectáculo que requiere toda obra teatral para cumplir su finalidad].

ACTO PRIMERO

- 1** En la primera escena hay una confusión en la conversación entre don Diego y su criado Simón. Identifícala y explica en qué sentido puede dar una pista al lector de la idea que Moratín quiere transmitir con su obra.

Se trata del diálogo de la escena I (págs. 80-82), en el que don Diego le confía a Simón sus intenciones de casarse con doña Paquita, pero lo hace sin decírselo directamente, porque en el fondo se siente avergonzado. Ante las dudas que expresa, motivadas por la diferencia de edad que lo separa de doña Paquita, notamos la confusión en la que está Simón, que piensa que no es su amo quien se va a casar con la joven, sino su sobrino y ahijado, don Carlos:

DON DIEGO.—¿Conque al instante has conocido...?

SIMÓN.—Pues ¿no es claro?... ¡Vaya! Dígole a usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

DON DIEGO.—Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN.— Seguro que sí.

DON DIEGO.—Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN.—Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.—Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN.—¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.— Pues ya ves tú. Ella es una pobre, eso sí... [Porque, aquí, entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido que, si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrogeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa, y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos y sacando unos cuentos allá, que...] Pero [esto no es del caso...;] yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN.—Eso es lo principal. Y, sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.—Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas que, si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN.—Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.—No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN.—Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años a lo más...

DON DIEGO.—¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido dieciséis años pocos meses ha.

SIMÓN.—Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.—Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y...; con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN.—Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.—Pues ¿de qué hablas?

SIMÓN.—Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?

DON DIEGO.—¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN.—¿Con usted?

DON DIEGO.—Conmigo.

SIMÓN.—¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.—¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?

SIMÓN.—¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.—Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN.—¡Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

Este malentendido nos pone sobre aviso de que el conflicto de la obra podría desatarse precisamente por pretender don Diego un casamiento desigual, que a Simón le parece inconcebible, de ahí su confusión. Además, en la conversación se alude a otro personaje clave de la trama, don Carlos, sobrino de don Diego. De esta manera se nos sugiere el tema central de la comedia y se deja caer un nombre que luego se demostrará de capital importancia para el desarrollo del argumento.

2 En este primer acto aparecen también doña Irene, doña Paquita y Rita. ¿qué relación hay entre ellas? ¿Tienen los mismos intereses respecto a la causa que las ha llevado a la posada de Alcalá de Henares?

Rita es la sirvienta de doña Irene y doña Paquita, pero también confidente de esta última, a quien quiere como a una hermana y a la que acompaña en su internado del convento. Doña Irene quiere que la boda entre su hija y don Diego se celebre lo antes posible, porque para ella es una inversión, dado que don Diego es un hombre rico y ella, desde la muerte de su último marido, ha quedado en la pobreza, a merced de la caridad de sus parientes. Sin embargo, doña Paquita se mantiene triste durante la mayor parte de la obra, lo que no pasará desapercibido a don Diego, puesto que ella, en realidad, no desea casarse con él, se siente obligada por la obediencia que le debe a su madre, pero su corazón nunca podrá ser de don Diego.

3 Calamocha es un personaje que encarna la figura del gracioso del teatro clásico español, aunque con menos exageración de lo que era habitual y con un carácter más ajustado a lo verosímil. Describe la personalidad de Calamocha y pon algunas muestras, tomadas de sus parlamentos en los diálogos, de su gusto por bromear.

Calamocha reúne todos los rasgos clásicos del personaje del «gracioso»: es de condición humilde, sirve con fidelidad a su amo, con quien colabora en la consecución de sus objetivos, actúa como su confidente, sin poner en duda nunca la autoridad ni el buen juicio del amo, aunque por su pragmatismo realista se permita aconsejarlo en ocasiones; es ingenioso y bromista, conocedor de mil tretas que emplea siempre para favorecer a su amo, comilón y bebedor, bromista, algo pícaro y de entendimiento vulgar, pero de buen carácter.

Durante el desarrollo de la trama de *El sí de las niñas* tendremos muchas ocasiones de comprobar su buen humor y su ingenio. Nada más entrar en escena ya muestra su agudeza natural, farfullando ironías acerca de la poca higiene de la habitación donde se alojará con su amo, la número tres, lo que le lleva a acordarse de la tercera plaga, de mosquitos y pulgas, que envió Dios contra los egipcios, como se cuenta en el libro del *Éxodo*, e ironiza sobre la fealdad de los cuadros que adornan la habitación, estampas de bichos que dan más grima que agrado al huésped. Al final de la escena VIII (págs. 105-106), cuando inesperadamente se encuentra con Rita, la criada de doña Paquita, tras contarle que ha venido con su amo en su busca para librarla del casamiento que ella no desea, le hace una insinuación pícaro:

RITA.—¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.—Se supone. Estas cosas piden diligencia y, aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga a cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... Conque ¿ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.—Sí. De la señorita y mío.

CALAMOCHA.—¡Bribona!

RITA.—¡Botarate! Adiós.

CALAMOCHA.—Adiós, aborrecida.

Calamocha se insinúa llamando a la habitación donde se alojan Rita y su señora «nuestro cuarto». Ella contesta con un desaire y ambos se despiden con apelativos insultantes, aunque dichos en tono de broma.

4 ¿Quién es don Félix y qué relación tiene con doña Paquita? ¿Cuál es el sentimiento de doña Paquita hacia don Félix? Justifica tu respuesta con citas textuales de la obra que demuestren tus afirmaciones.

Don Félix es un joven caballero que conoció a doña Paquita en una fiesta que dio el intendente de Guadalajara a quien Rita describe en la escena IX de la siguiente manera: «tan galán, tan fino» (pág. 108). Después de trabar conocimiento en la fiesta, don Félix siguió cortejando a doña Paquita en el convento, pero sin poner en peligro su honor: «él no entró jamás por las puertas y cuando por las noches hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces...» (le dice Rita a su señora en la escena IX, pág. 109).

Es un amante considerado y perseverante: «Tres meses duró el terrero y la conversación a obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una acción descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida» (alaba de nuevo Rita a don Félix en la escena IX, pág. 110). De ello está segura también doña Paquita, al menos en este primer acto de la comedia, como se ve en los dos parlamentos suyos con los que se cierra la escena IX: «¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?» (pág. 112); «¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad...» (pág. 112). Doña Paquita se refiere aquí a que siente cumplidas las promesas que le hizo don Félix, cuando ha sabido, por Rita, que el galán, con su criado Calamocha, han venido a la posada en su rescate.

5 ¿Cuál es la causa de la melancolía que sufre doña Paquita en las escenas finales de este acto?

La causa de la melancolía de doña Paquita es que no desea casarse con don Diego, como ha concertado su madre, pues ella ama a don Félix, el joven galán al que conoció en Guadalajara. Doña Paquita no puede desobedecer a su madre, como era la norma para las buenas hijas en su época, pero se siente abatida, porque lo que le espera es una vida de tristezas y desamor. Así lo expresa la propia doña Paquita en la escena IX (pág. 108): «[...] Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy, por cierto, y reírme y hablar de niñerías... Y todo por dar gusto a mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón».

ACTO SEGUNDO

1 En las dos primeras escenas se nota un fuerte contraste en la idea que doña Irene y don Diego tienen de doña Paquita y su verdadera personalidad. Explica este contraste y las razones por las que se produce.

Doña Irene considera que su hija es una joven inconsciente y así lo manifiesta en la escena II de este acto cuando le dice: «[...] tú no tienes conocimiento para considerar el bien que nos ha entrado por las puertas» (pág. 114). Tampoco es doña Irene consciente de las cualidades de su hija, pues interpreta su silencio y su parquedad en las conversaciones con don Diego como signo de pocas luces y no saber actuar en beneficio propio, dada la fortuna que don Diego traerá a la familia con su casamiento. De esta manera, considera que la boda ha sido una suerte de milagro, que han producido las oraciones de sus tías y que no obedece a los «méritos» de su hija, como afirma al final del mismo parlamento citado.

Don Diego está dolido, tal como le refiere a su hija doña Irene, por esta actitud evasiva y poco complaciente de doña Paquita, pues considera (conducido a tal error por doña Irene) que la joven ha consentido en el casamiento por su propia voluntad y no ve con malos ojos ese matrimonio que ha acordado don Diego con su madre, ajeno por competo a los manejos de doña Irene, que es la única responsable del compromiso.

Sin embargo, en la escena I de este acto segundo, aparece un breve monólogo de doña Paquita en el que ella misma nos da cuenta de lo que siente en su corazón y que no es en absoluto esa niña inconsciente, desagradecida y boba que su madre cree: «Nadie parece aún... (*Teatro oscuro. DOÑA FRANCISCA se acerca a la puerta del foro y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor. Sí, diecisiete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta» (pág. 113).

La joven ya sabe lo que es el amor, ya tiene capacidad de decidir su futuro sentimental y, por lo que ha comentado a propósito de don Félix en las conversaciones con Rita del acto anterior, se conduce con prudencia, honestidad, pero también con la pasión que produce el amor y con el dominio de la situación, pues exige de don Félix un comportamiento honorable y la constante demostración de la firmeza de su amor y de sus buenas intenciones.

2 En la escena V asistimos a un diálogo entre don Diego y doña Irene. Doña Paquita también está presente, pero casi no habla. Deduce de esta escena las personalidades de don Diego y de doña Irene.

En esta escena se presentan con claridad los rasgos básicos del carácter de don Diego y de doña Irene. El primero es un buen hombre, juicioso, realista y práctico, consciente, incluso, de sus pocos méritos para enamorar a una mujer joven como doña Paquita: «[...] Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? Y en Madrid, figúrese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto deseaba» (págs. 121-122).

Su confesión está llena de inocencia, él está tratando un matrimonio como corresponde a un hombre de su edad que se siente solo y necesita compañía y cuidados, alejado ya de las pasiones impetuosas de la juventud. Convencido por doña Ire-

ne de que su hija pretende lo mismo que don Diego, un matrimonio «santo», de compañeros más que de amantes, no obstante, quiere estar seguro de que tal cosa es cierta, pues no entiende la melancolía que aqueja a doña Paquita ni que ella manifieste con seguridad que sus deseos son los mismos que los de don Diego. Ante esta situación, comienza a sospechar que el corazón de doña Paquita sienta ya amor por algún otro hombre, no tanto porque considere a doña Paquita una mujer deshonesto, sino porque su juventud es el estadio de la vida en que se manifiestan las pasiones impetuosas. Precisamente por eso y conocedor de sus pocas prendas como amante deseable, buscó el matrimonio con una joven que residía interna en un convento recibiendo una educación católica y conservadora, pues entiende que eso la habrá alejado de los arrebatos pasionales propios de su edad.

Doña Irene intenta que las dudas razonables de don Diego no sean confirmadas, pues teme perder el beneficio económico que va a obtener con la boda. Constantemente impide que su hija responda a las preguntas, amables y cariñosas, de don Diego, intentado evitar alguna indiscreción de la joven que estropee su plan. Se muestra así dominante, interesada, materialista y sin más afán que ver «colocada», es decir en una buena posición social y económicamente acomodada, a su hija.

Don Diego es un hombre ingenuo, a pesar de sus años y de su buen juicio, y así se lo manifiesta sin subterfugios a doña Paquita. Por el contrario, doña Irene es una mujer manipuladora, sin escrúpulos y finge una dignidad que no tiene, buscando solo un beneficio económico, que lo será para ella, pero a costa de sacrificar la vida de su hija, cuya opinión y sentimientos le interesan bien poco.

3 ¿Cuál es la causa de que doña Paquita no pueda expresar libremente sus sentimientos y sus ideas?

La causa principal de que doña Paquita no pueda expresar lo que piensa no es otra que su madre, que ejerce un dominio total sobre la joven y ni siquiera tiene en cuenta lo que siente o lo que desea su hija en un asunto de tanta importancia como el de contraer matrimonio, una unión de por vida, según las convenciones sociales de la época. A esto se une otra convención social, aquella que exige la total obediencia de una hija a su madre, que doña Paquita, joven de «buena educación», imbuida de los principios religiosos conservadores es incapaz de desafiar.

Doña Paquita es lo que en la época se tenía por una «buena hija», sin embargo, su madre es un personaje manipulador y autoritario, tanto que el propio don Diego le reprochará la respuesta que doña Irene le da cuando le pide que deje que su hija manifieste lo que piensa acerca de la boda. Ante la insistencia de doña Irene en responder por su hija, don Diego sostiene que es doña Paquita quien debe hacerlo: «Ella, ella debe hablar, y sin apuntador ni intérprete» (escena V, pág. 122), pero doña Irene persevera en su actitud dominante: «Cuando yo se lo mande» (pág. 122), le responde.

Aún manteniendo la convención de obediencia que deben los hijos a sus padres, don Diego ya había advertido poco antes a doña Paquita del error que se deriva de que una madre imponga su criterio sobre el de la hija (pág. 121): «¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan, eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?...».

4 En las escenas VII, VIII y IX se encuentran don Carlos y doña Paquita. A partir del diálogo entre los personajes que participan en estas escenas, explica cómo crees que es la personalidad de don Carlos.

Don Carlos, que aún es don Félix para doña Paquita, es todo un galán, tan respetuoso como apasionado, fiel y dispuesto a todo por el amor de la joven. Es valiente, casi llegando a la temeridad, pero le frena de sobrepasar los límites su prudencia y su deseo de no hacer nada que pueda perjudicar a doña Paquita. Así se lo confiesa a doña Paquita, cuando ella le pregunta qué piensa hacer para solucionar el problema de que la joven tenga que casarse con don Diego (escena VII, pág. 128): «Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... [...] Su decoro de usted merece la primera atención».

El joven oficial está tan enamorado de doña Paquita que está dispuesto a morir por ella (escena VII, pág. 130): «Y antes perderé la vida que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.*)».

Su fidelidad está fuera de toda duda (escena VII, pág. 130): «[...] ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo...».

Su amor es tan verdadero (escena VII, pág. 131) que: «[...] Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará a dividirlos».

Muestra algunos celos por la presencia en la vida de doña Paquita de ese competidor, al que aún no conoce, cuando se despide de la joven en la escena VIII y que su enamorada despeja con tanta contundencia como ternura. Nada hay más importante que el amor para don Carlos, que antepone al dinero frente a lo que piensa doña Irene, razón por la cual está amenazado el futuro sentimental de los dos jóvenes (escena IX, pág. 134): «[...] ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina».

5 En la escena X se encuentran Calamocha y Simón. ¿Cuál es la causa de la sorpresa que manifiestan ambos?

Ambos se conocen, pues son, respectivamente, los criados de don Carlos y don Diego, pero ninguno de los dos esperaba encontrarse con el otro en la posada de Alcalá: Calamocha suponía que Simón estaría en Madrid, con don Diego, en su casa; por su parte, Simón esperaba que Calamocha estuviese con don Carlos en Zaragoza, donde está el regimiento en el que sirven ambos. La sorpresa es mayúscula, aunque Simón no quiere contar la verdadera razón de que se encuentre en Alcalá, porque obedece la orden de discreción que le dio su amo, don Diego.

6 En la escena XI la determinación de don Carlos sufre un gran revés. ¿Cuál es la causa y cómo reacciona don Carlos ante el descubrimiento de que su tío también se encuentra en la posada?

La causa de la desgracia de don Carlos es que su tío, lejos de alegrarse por encontrarse fortuitamente con él en la posada, reacciona de manera enérgica y severa ante lo que cree una grave falta de don Carlos a sus obligaciones militares, ordenándole marcharse de inmediato de vuelta a Zaragoza. Ello, lógicamente, impide que don Carlos pueda solucionar el enredo en el que doña Irene ha metido a su hija, pues su educación, su afecto y su agradecimiento a don Diego le impiden desobedecer su orden.

7 Don Diego ordena a continuación a su sobrino que deje de inmediato la posada y se aloje en alguna venta fuera de la ciudad de Alcalá de Henares para pasar lo que queda de la noche y que al amanecer salga de vuelta a Zaragoza. ¿Por qué hace esto don Diego? ¿Qué razones le da a su sobrino para justificar su mandato? ¿Cómo reacciona don Carlos ante la orden de su tío?

Don Diego ya había expresado en el primer acto que temía que alguien pudiera estropear su boda con doña Paquita, pues desconfía de que fuese algo tan seguro como le prometía su madre, doña Irene. Por esta razón, la reacción de don Diego es inmediata y terminante: no quiere que nadie, ni siquiera su sobrino y ahijado don Carlos esté en la posada durante la noche que pasarán allí hasta reemprender el viaje a Madrid, donde confía en celebrar la boda con doña Paquita. Don Carlos, a pesar del amor paternal que le profesa su tío, podría ser un impedimento para la boda, algo que don Diego no considera de ningún modo asegurado.

Don Carlos reacciona con estupor: ha comprendido que su tío puede ser el pretendiente de su enamorada y el mundo se le viene encima. No puede desobedecer a don Diego, porque le debe todo lo que es en la vida, lo considera su verdadero padre y su educación, el cariño y el agradecimiento que le debe le impiden no ya desobedecer su mandato, sino ni siquiera confesarle el verdadero motivo de su venida a Alcalá. Por ello, finge que viajó desde Zaragoza solo para verlo y que no le avisó por darle una sorpresa que suponía que sería agradable para don Diego. Aunque protesta levemente ante la orden de marcharse, porque ya ha caído la noche, no puede negarse ante la decisión de su tío, que insiste en que duerma con su criado Calamocha en una fonda de las afueras de Alcalá y que, incluso, le da dinero para que pague los gastos y se marche de inmediato. Ante la determinación de su tío, a quien debe obediencia, don Carlos no tiene otro remedio que marcharse.

ACTO TERCERO

1 ¿Cuál es la causa de que se desate el conflicto en las escenas III y IV?

Don Carlos ha vuelto a la posada y toca una serenata para doña Paquita desde la calle. Desea hablar con ella y explicarle lo sucedido. La joven, que creía que don Carlos la había engañado y que la abandonaba a su suerte sale al pasillo. Allí ya se encontraban don Diego y Simón; este último porque, como correspondía a un criado de la época, dormía fuera de la habitación, en el suelo; don Diego, porque no soportaba el calor del cuarto y sale al pasillo en busca de un poco de fresco. Al oír que la puerta de la habitación de doña Paquita se abre, don Diego y Simón se ocultan entre las sombras. Allí serán testigos de la conversación entre doña Paquita y su galán, aunque aún no saben que es don Carlos.

Advertida por Rita, que ha descubierto que hay gente escondida en el pasillo, la joven vuelve precipitadamente a su cuarto. En la escena IV, don Diego, abatido por el suceso del que acaba de ser testigo, se siente engañado, celoso, burlado. Ha encontrado la carta que don Carlos le ha tirado por la ventana a doña Paquita para explicarle por qué tuvo que marcharse, aunque, como la joven enamorada ignora su verdadero nombre y su relación, don Diego sigue firmando como don Félix. No obstante, la carta que no pudo leer doña Paquita, explicaba todo el enredo; al tenerla en su poder don Diego, le permitirá, precisamente a él, hombre justo, desenredar la madeja.

2 ¿Cuáles son las razones que expone don Diego en la escena VIII en defensa de la libertad sentimental de doña Paquita y de qué manera las expone? ¿Qué pretende obtener de doña Paquita?

Don Diego es el único, aparte de don Carlos, naturalmente, que conoce la carta que este le escribió a doña Paquita. Durante la noche ha meditado y su prudencia le guía a solucionar el conflicto que nace de que doña Paquita no le ame a él, sino a don

Carlos, por quien es correspondida. Sin embargo, Paquita, que no sabe nada aún y no está segura de que su enamorado le siga siendo fiel, creyéndose abandonada, ha decidido hacerle caso a su madre y celebrar la boda convenida. Don Diego intenta que la joven se sincere con él y le cuente la verdad, que ya sabe, pero ella se muestra esquiva.

Ante la actitud sumisa de doña Paquita, pero que deja entrever a don Diego que no le ama y nunca lo hará, el que ella cree su futuro marido reflexiona en voz alta sobre los males de una educación represiva (pág. 166): [...] Esto es lo que se llama criar bien a una hija: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. [...] Todo se les permite, menos la sinceridad».

Es este un planteamiento muy avanzado para la época en la que escribe Moratín, nacido de las ideas ilustradas que defiende el autor y que implica una crítica a la obediencia ciega a los mayores, cuando lo que ordenan va contra la naturaleza humana, obligándolas a que vayan en contra de su naturaleza, que «ha de torcerse al capricho de quien las gobierna».

Don Diego concluye su crítica, considerando que esa forma de educar a una mujer solo consigue lo contrario de lo que pretende (pág. 166): «[...] con tal que se pres-ten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo».

Con esta conclusión, Moratín, por boca de don Diego, lleva a cabo una clara defensa de la libertad de elección de las mujeres y del respeto que merecen sus sentimientos y sus legítimos deseos, se levanta contra la sujeción de las mujeres a los intereses de sus progenitores y advierte que no respetarlas en su inocente voluntad de vivir en libertad el amor a lo único que conduce es a convertirlas en mujeres temerosas y astutas, condenándolas al silencio, al engaño y a la infelicidad a la que lleva una vida de mentiras.

3 ¿Cuál es la respuesta de doña Paquita a las preguntas de don Diego?

Doña Paquita, decepcionada por lo que cree una huida innoble de su amado, ha caído en una honda tristeza y prefiere no responder con claridad, mostrándose una hija obediente que hará sin rechistar lo que su madre le mande. Ante la insistencia de don Diego, termina por confirmarle de manera indirecta, que ella ama a otro hombre. Sin embargo, le reitera que está dispuesta a casarse con él, obedeciendo a su madre y a lo que cree que es el deseo del mismo don Diego. Procura no ofenderle, ni declarar sinceramente su dolor por lo que ella piensa que es la traición de un joven innoble y deshonesto. No quiere herir a don Diego, ni contrariar los deseos de su madre.

Don Diego, por su parte, sigue intentando que se sincere doña Paquita y le pregunta qué pasará con ella después de la boda. La respuesta resignada de doña Paquita es un sencillo: «Después..., y mientras me dure la vida, seré mujer de bien» (escena VIII, pág. 165). No le confiesa a don Diego la causa de su mal, tan solo se reafirma en que acepta, por obligación ante su madre, el matrimonio sin felicidad («Dichas para mí... Ya se acabaron», escena VIII, pág. 165) y el silencio que le impone su próxima condición de casada («nunca diré por qué», escena VIII, pág. 165).

Finalmente, la desesperación la puede y, ante la bondadosa comprensión que don Diego muestra con ella, se derrumba (escena VIII, pág. 167): «[...] ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, que infeliz soy, señor don Diego!».

4 Explica las reacciones de doña Irene cuando se entera de que don Diego no va a casarse con doña Paquita y precisa en qué escenas se dan.

La primera reacción de doña Irene al recibir la noticia, en la escena XI, de que don Diego ha descubierto el amor de doña Paquita por otro hombre es la lamentación («¡pobre de mí!», pág. 178) y el llanto. Pero enseguida el lamento a que da lugar la sorpresa se torna despecho (pág. 179), «Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos a decir... ¿Quién lo creyera de usted?...», e ira furibunda contra don Diego, al que llega a amenazar con que merece un castigo que ella, por ser mujer, débil y anciana no puede cumplir, pero que si aún estuviera vivo su marido, sin duda llevaría a cabo (pág. 179): «[...] ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...».

De ahí pasa doña Irene a sospechar una treta por parte de don Diego para no casarse con su hija (pág. 179): «[...] Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!».

Y acaba en una displicente falsa aceptación («Diga usted lo que le dé la gana», pág. 180), mientras se enjuga con un pañuelo las lágrimas que le ha provocado el disgusto. Sin embargo, enseguida contraataca defendiendo la honestidad de su hija, de quien piensa que «no sabe lo que es mundo» (pág. 180), pues ha vivido «encerrada en un convento, ayunando los reviermes, acompañada de aquellas santas religiosas» (pág. 180) y ha podido cometer ningún desliz, vigilada por la severidad de las monjas. Su enfado crece y presa de la rabia, llama a su hija para que venga a desmentir las palabras de don Diego, quien, en realidad, solo pretendía enmendar con prudencia y justicia el error de su casamiento con doña Paquita.

En la escena XII, cuando don Diego lee la carta de don Carlos en presencia de las mujeres, doña Irene estalla de cólera, pero esta vez contra su hija: «¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí» (pág. 183) y se dirige hacia ella para maltratarla por lo que ella cree que es una indecencia de su hija que arruinará sus planes. Tal es su furia, que don Diego y Rita tienen que agarrarla para que no le pegue una paliza a su hija: «He de matarla» (pág. 183), exclama una y otra vez.

De esta manera se da paso a la siguiente escena, la XIII, cuando don Carlos, que estaba escondido en la habitación de don Diego, irrumpe en el escenario para proteger a doña Paquita de los ataques de su madre. Se disculpa ante su tío por su aparición, pero demuestra su amor hacia la joven, con lo que se adelanta la solución del conflicto. Doña Irene, que no conocía de antes a don Carlos, queda de nuevo sorprendida, sin saber qué es lo que está pasando ni por qué. A la sorpresa le sigue de inmediato la satisfacción, al conocer que don Carlos es sobrino de don Diego y que este bendice el amor de los jóvenes, de manera que todo queda más o menos igual para doña Irene, pues la riqueza de don Diego, por medio del casamiento de su hija con su sobrino y ahijado, no se perderá, única razón de su desesperación y furia anteriores.

5 De las acciones y parlamentos de don Diego se deduce su carácter. Haz un retrato (descripción física y psicológica) de este personaje.

Respuesta libre. [Este es un ejercicio más para estimular la creatividad literaria de los alumnos y alumnas, con la única condición de que se ajusten a la imagen psicológica de la personalidad de don Diego que puede deducirse del texto: hombre prudente y sensato, de recto proceder, austero, chapado a la antigua, severo, justo, muy afectuoso y lleno de bondad, en el fondo algo inocentón, pues las tías monjas

de doña Paquita y su madre, doña Irene, fueron capaces de ilusionarlo con una boda a todas luces imposible o de la que se habría derivado una vida de infelicidad tanto para él como para la joven prometida. Nada hay en el texto que nos describa, siquiera de manera aproximada, la fisonomía de don Diego, salvo que es un hombre de alrededor de sesenta años. Esta parte del retrato del personaje queda, pues, abierta a la imaginación de los estudiantes].

6 Doña Paquita es un personaje complejo. Indica las escenas donde pueden mostrarse con más claridad las diversas facetas del carácter de la joven.

El personaje de la joven doña Paquita está dotado de una personalidad especialmente rica en matices, porque es percibida de diferente manera por el resto de los personajes de la comedia. Su madre piensa que es una niña inocente, incluso un demasiado inocente, criada entre monjas que no le han permitido «saber del mundo». Don Diego, por su parte, tiene de doña Paquita la imagen que le han ido creando sus tías y su madre: un dechado de virtudes, bella, honesta, buena administradora de la casa, un ser angelical en el que no puede pensar como amante, sino como una agradable compañía en sus años de vejez.

Sin embargo, doña Paquita, a pesar de su juventud, es una mujer segura de sus sentimientos, lo suficientemente madura como para saber manejarlos sin perjuicio de su honor, algo de enorme importancia en la época para una mujer. En la escena II de este tercer acto, vemos a una joven arriesgada, valiente por amor a don Carlos (que ella todavía cree don Félix), capaz de salir de noche al encuentro de su enamorado. Al mismo tiempo, se muestra en esta escena como una mujer tiernamente firme, que exige al galán que le explique su extraña huida de la posada, cuando horas antes le había prometido la salvación (pág. 155): «[...] ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda [...]».

En cuanto se sabe descubierta huye presa del miedo, como era lo natural en su situación. Más tarde, en la escena VI, vuelve a mostrar su valentía, cuando sale con su criada, Rita, en busca del papel que don Carlos/don Félix le tiró desde la calle durante su encuentro y que no pudo recoger de donde había caído por la irrupción en escena de don Diego y Simón. Al no encontrarlo, su decepción crece, se siente abandonada por su enamorado, traicionada, ya todo carece de sentido para ella. Rita le advierte de que don Diego está a punto de salir de su habitación, le ruega que esconda su abatimiento, pero la intensidad del amor que doña Paquita siente por don Carlos y su profunda decepción la llevan a entregarse a la fatalidad (pág. 160): «Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo aliento para levantarme?... Que vengan, nada importa».

En la escena VIII, doña Paquita intenta fingir que nada le pasa, cuando don Diego le pregunta la razón de su lloroso abatimiento. Don Diego le pide que sea sincera por una vez, que deje de interpretar el papel de joven obediente, callada, adiestrada en el secreto y en el disimulo, que ahora ha asumido la joven, sintiéndose derrotada. Pero esta decisión de ser la joven candorosa y, en el fondo, mentirosa, que le impone la voluntad de su madre y el compromiso con don Diego la empuja al fingimiento: «Haré lo que mi madre me manda y me casaré con usted» (pág. 164). Esta actitud de doña Paquita lleva a don Diego a expresar su crítica a lo que la sociedad de su tiempo considera «criar bien a una niña». No obstante, forzada por la insistencia de don Diego, la joven le confiesa de manera indirecta que ella ama a otro hombre y que se siente muy desdichada, aunque no aclara del todo la razón de su pena, en un parlamento que citamos en la actividad tres de este acto tercero.

Cuando su madre se entera de los amores secretos de doña Paquita, en la escena XIII, la joven deja de ser para ella esa inocente criatura obediente y se convierte a sus ojos en una «grandísima picarona». En cuanto sale a escena don Carlos, temiendo que la madre enfurecida pueda hacerle daño a su doña Paquita, el enredo se acaba y la joven se muestra, ya sin ninguna necesidad de disimulo, completamente enamorada de don Carlos y, aun así, solicita el perdón de don Diego, lo que denota la bondad de su carácter.

No obstante la firmeza de su amor, la prudencia de su comportamiento y la bondad de su carácter, doña Paquita no puede actuar libremente, depende no solo de su madre, sino de las acciones de don Carlos y de don Diego. Su naturaleza de mujer la obliga, en esta época, a un papel subordinado a la voluntad de los hombres, solo ellos pueden librarla de obedecer sin rechistar los deseos de su madre, a quien no le importa sacrificar por dinero la felicidad de su hija; solo por la acción comprensiva de don Diego y la decisión de amarla de don Carlos se hace posible que doña Paquita pueda mostrarse como en realidad es. De esta manera, la crítica de Moratín es contundente contra los efectos de una educación equivocada y de los matrimonios por interés, pero no va más allá en la reivindicación de la mujer como única dueña de sí misma.